

## Advertencia

Llevé varias noches tratando de reconstruir los trozos de la historia de Sol. Ella acudió a mi consultorio durante un año y dos meses; exactamente ciento dos sesiones. Fue ella quien decidió suspenderlas, luego de completar cien sesiones casi ininterrumpidas. Era así, una jovencita puntual y cabalística con los números. Las dos horas adicionales se las pedí yo, solo para reforzar unos puntos que consideraba importantes. La verdad, ya había llegado el momento de darle de alta. Nuestra terapia despegó desde el comienzo y mantuvimos una buena relación de confianza; lo mismo con sus abuelos, por lo que supe que ella estaba protegida por un excelente vínculo amoroso.

11

Una noche no pude conciliar el sueño; creí haber dado, al fin, con el modo de escribir el libro. Era algo sencillo y no comprendí por qué tardé tanto. La narradora sería yo, una psicoterapeuta que escucha y se obsesiona con los testimonios de una paciente, quien, a su vez, interrumpe ocasionalmente el relato. No pretendía hacer una novela dulce y menos una novela ocurrente o pavorosa, porque no cuenta nada gracioso ni gótico paranormal. Quería

contar una historia caótica y apasionada, como ha sido la experiencia de Sol a lo largo de un año... un año especialmente duro. Ella es una chica bastante rara —qué chica no lo es— que acaba de tener su primera menstruación y se encuentra demasiado confundida con la pubertad.

12 Sol es huérfana de padres, hace casi cien meses vive con sus abuelos —¿me habré contagiado de su manía con los números?—, estudia en un colegio particular bastante conservador y, por asuntos del alma, se ha ido quedando sin amigos. También ha ido perdiendo interés por el estudio y los deportes. «Floto en el vacío —escribe en su diario personal— como una misionera en el Alto Amazonas». Aunque no tarda en sentir atracción por un compañero del salón, un chico prodigio y extravagante, un año mayor que ella y que parece ser su alma gemela por las curiosidades que comparten.

Ambos chicos, a pesar del magnetismo que los une, tienen dudas de amarse y se repiten tercamente que son opuestos como el agua y el aceite. «Tú eres el veneno... yo, el antídoto», le dice ella. «No, exactamente lo contrario», responde él. Y lo que hacen es mantener una relación intrigante al borde del romance, deseándose y aprendiendo a fondo en sus vidas. Los libros, las canciones, la fotografía son la materia viva de sus ilusiones.

A mitad del año escolar, un imponderable desvía el destino del chico.

Entonces Sol vuelve a sentirse más sola que una flor en el desierto. Nuevamente debe reconstruir su personalidad e imaginar un futuro diferente, cuando está apre-

miada por resolver los misterios que descarga su cuerpo, tan delicada y torpemente. Porque no sabe qué hacer con ese amasijo de órganos, dónde ponerlo, cómo vestirlo, de qué modo vincularlo con los otros cuerpos que la acosan como si fueran las lenguas de un incendio. Es más o menos así como ocurrió en realidad, pero no sabré nunca si fue ella quien me dictó esta historia.

